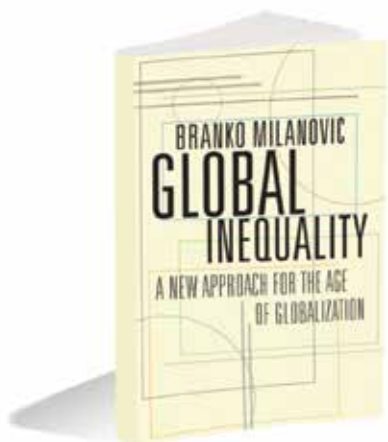


Ganadores y perdedores



Branko Milanovic

Global Inequality

A New Approach for the Age of Globalization

Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2016, 320 págs., USD 29,95 (tela).

Branko Milanovic se ha ganado una reputación de pensador innovador estudiando la desigualdad en el imperio bizantino o la posición del individuo en la distribución mundial del ingreso. Milanovic empezó a usar viñetas de Jane Austen para examinar la evolución histórica de la desigualdad antes de que Thomas Piketty las pusiera de moda.

Su nuevo libro no decepciona. Primero identifica a los ganadores en la “gran globalización”: la clase media en Asia emergente y los “súper ricos”. La gran perdedora es la clase media del mundo desarrollado. Milanovic observa que aunque la desigualdad en los países crece, la desigualdad entre países se reduce, sin mostrar indicio alguno de un aumento a nivel *mundial*.

Este argumento se ha usado para desestimar las inquietudes que genera la desigualdad. Milanovic no las desestima, pero admite que el futuro es incierto. Si sigue esta evolución la desigualdad dentro de los países podría resurgir —como en el siglo XIX— y anteponer la clase social a la ubicación geográfica. Milanovic sabe que el Estado nación sigue siendo el punto central del discurso político.

Por lo tanto, en el capítulo más largo aborda la desigualdad en los países.

Milanovic trata de rehabilitar en parte a Simon Kuznets frente a las críticas de Piketty, para lo cual propone una “gran teoría” que denomina “ondas Kuznets” de subida y caída sucesivas de la desigualdad. La primera onda —indica— abarcó un siglo y medio, hasta los años ochenta, cuando se inició la segunda, que fue desatada por varios de los factores que activaron la primera: tecnología, globalización y políticas económicas favorables a los ricos.

Esta explicación nos parece un poco limitada. Primero, no es evidente ni cierto que el cambio tecnológico pueda resumirse en dos revoluciones tecnológicas; de hecho, otros mencionan entre cuatro y seis desde fines del siglo XVIII.

Si bien describe cabalmente los factores “benignos” y “malignos” que reducen la desigualdad, la descripción del punto de transición entre las ondas es algo imprecisa. Sostiene que la desigualdad se hace insostenible, pero no cae por sí sola: primero ocasiona guerras, conflicto social y revoluciones. Esa es su narrativa de la Primera Guerra Mundial; en realidad secunda la teoría de Lenin de que la guerra la causó desde dentro una expansión imperialista. ¿Cómo debemos interpretar esto en nuestra propia época? Milanovic nos tienta con ideas que no nos deja profundizar. Por añadidura, apenas menciona el cambio climático, una de las grandes fuerzas económicas malignas del siglo XXI, que podría ser catastrófica para la distribución del ingreso en cada país y entre los países.

Su análisis de la tónica actual es más sólido. En particular en Estados Unidos, dice, será difícil contener el “huracán de desigualdad” puesto que el capital es sumamente móvil y los ricos controlan el sistema político. Su propuesta —centrada en el suministro de recursos de compensación, sobre todo en lo que se refiere a la propiedad del capital y la educación— merece un análisis detenido.

Milanovic es demasiado optimista respecto del sector financiero, que contribuye enormemente a la desigualdad y aporta poco a la sociedad. Una reducción de su poderío y escala contribuiría

a mitigar la desigualdad y a la estabilidad financiera. Quizás es el momento de aplicar un impuesto sobre el capital global similar al que propone Piketty, lo cual naturalmente requeriría una fuerte coordinación internacional.

La gran perdedora es la clase media del mundo desarrollado.

Milanovic hace también un pertinente análisis de la migración, aunque sus propuestas al respecto dejan ciertas interrogantes sin responder. Recomienda que haya más migración, pero con “diferencias relativamente leves especificadas en la legislación” entre los trabajadores del país y los inmigrantes. No hace falta un análisis detallado para ver las luces de alerta. El problema es que su marco de referencia ético —como el de muchos economistas— está sesgado. Por ejemplo, desestima el problema del maltrato de trabajadores temporales señalando que de todas maneras están mejor que en sus países de origen.

Generalmente, en estos debates no se abordan los problemas éticos que engendra la desigualdad. Esto debe cambiar, sobre todo porque los economistas tienden a subordinar la justicia distributiva a la eficiencia. Una reflexión sobre la distribución equitativa de los recursos, nuestras obligaciones mutuas en un mundo globalizado y las características de una sociedad sólida enriquecerían considerablemente la discusión sobre la desigualdad.

En general, el libro es muy recomendable, fácil de leer y entretenido. No es excesivamente largo, lo cual demuestra que ¡no se necesitan 700 páginas para hacer un buen análisis de la desigualdad!

Anthony Annett

*Asesor sobre cambio climático y desarrollo sostenible
Instituto de la Tierra
Universidad de Columbia*